

*Palabras del académico doctor Federico Peltzer en
representación de la Academia Argentina de Letras*

Sin otro mérito que el de haber pronunciado unas palabras, en el homenaje celebrado en 1989, con ocasión de cumplirse el centenario del nacimiento del Dr. Osvaldo Loudet, me ha sido encomendada por la Academia Argentina de Letras la honrosa tarea de representarla en este acto en que lo recuerdan las Academias Nacionales a las que perteneció. Otros, con mayor autoridad y conocimiento, hablarán de distintos aspectos de su personalidad múltiple. Me propongo tan sólo destacar una vez más lo que dije entonces: el Dr. Loudet fue un humanista, término que va más allá de los así llamados durante el Renacimiento, porque también los hubo en tiempos posteriores; una raza de hombres sabios, curiosos y preocupados por todo lo humano que —lamentablemente— resulta cada vez más difícil encontrar. Vivimos tiempos de especialización, acaso porque lo exige el enorme adelanto de las ciencias; también porque no es fácil, en el vértigo de los días que corren, adquirir una visión global de los problemas, y menos una concepción del mundo. En la década de 1920 lo había denunciado Ortega y Gasset como un mal inevitable. Hablaba el autor español del sabio en una materia concreta y determinada, ignorante en todo lo demás. Podrá pensarse que, de otro modo, es imposible abarcar tanto cambio, y que la mente humana no cuenta sino con un limitado número de dimensiones y de posibilidades de saber; pero también es lícito pensar que, a veces, por ahondar en lo singular, se pierde de vista lo general, y con ello

se yerra a menudo en el fin propuesto precisamente como norte para todo aquel que aspire a una legítima sabiduría: hacerse a sí mismo y, desde allí, hacer más felices a los hombres.

El Dr. Loudet eligió ser médico, y no me corresponde juzgar su labor como tal, ni lo que practicó y enseñó. Fue médico psiquiatra; no me parece casual su elección, porque hay en ella un amplísimo campo de posibilidades para quienes exploran en la mente humana, la conducta, el comportamiento ético; también ese desorden que importa la locura. Ya su tesis doctoral, *La pasión en el delito* (1917) prueba sus inclinaciones. El arte, que es reflejo del alma humana, ha incursionado en aquel estado psíquico y en la transgresión jurídica. Bastaría recordar algunas de las figuras de apasionados que evoca el Dr. Loudet: Electra, presa del odio; Medea, de los celos; Julio César enamorado del poder, Werther enfermo del "mal del siglo".

Creo el Dr. Loudet en el magisterio y lo considero una tarea nobilísima. Dijo, en el ensayo "Elogio del discípulo", capítulo de su libro *Política del Espíritu* (1948): "Enseñar es la forma más pura de amar a los hombres. Pero nadie enseña si no comienza por saber, como nadie transmite nada sin amor. Y el primero de los saberes, como bien nos enseñaron hace largos siglos, consiste en conocerse a sí mismo. El hombre singular es su primer maestro y su primer discípulo o debería serlo". Escribió en uno de sus "Granos de sal y arena": "Los discípulos de sí mismos son más heroicos que los discípulos de alguien. Solos, construyen su vida con paciencia, estudio y sufrimiento" ("La Prensa", 22 de abril de 1979, Supl. Lit.). Sabias palabras que asocian la tarea de conocerse con el esfuerzo, la constancia, sin duda cierta cuota de dolor. Aprenderse es aceptarse, primero; enmendarse, cuando resulta necesario; perfeccionarse siempre, sin caer en la autosatisfacción de los soberbios. Sólo después es dado ir a los otros, compartir lo que se sabe, esa forma pura de amor de que nos hablaba en su aforismo.

La tarea docente del Dr. Loudet fue larga y provechosa, no sólo en el ámbito de su profesión y desde sus cátedras en las Universidades de Buenos Aires y La Plata.

Los problemas de la docencia lo preocuparon desde que era estudiante; por eso actuó en los centros estudiantiles, por entonces más preocupados que hoy por mejorar la enseñanza, al margen de los réditos políticos, según la abominable expresión hoy en uso. Así lo puso de manifiesto en su actuación como miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras —cosa inusual dados sus estudios— y como integrante de la comisión de textos de Filosofía del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. En plena madurez, escribió un libro titulado *Problemas de Pedagogía Universitaria* (1946), y creo ocioso destacar, por sobradamente conocido, su trabajo en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza y en el Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa”.

La lectura de sus libros demuestra la vastedad de sus conocimientos, más allá de su especialidad. Así, en *Humanistas y médicos del Renacimiento*, estudia con autoridad a Rabelais, Ronsard, Montaigne, Erasmo de Rotterdam. Y, entre los colegas que evoca en *Médicos argentinos* (1966), reserva un lugar para dos insignes figuras del pensamiento español en este siglo: Gregorio Marañón y Pedro Laín Entralgo.

El médico, por su profesión, debe enfrentarse con las últimas realidades humanas: el dolor (a veces el dolor inocente, que escandalizaba a Dostoievski, a Unamuno, a Camus y a Graham Greene), el sentido de tal sufrimiento, la muerte. Su tarea es combatir hasta el límite de sus fuerzas; cuando la realidad lo sobrepasa, no puede dejar de preguntarse sobre su papel de luchador que batalla con tales adversarios, pero también de víctima en carne propia de sus embates. El Dr. Loudet no eludió abordar las preguntas últimas que acosan a cualquier hombre, quizá agudizadas en el caso del médico. En *La vida íntima* (1967) dedica un capítulo a “La nostalgia”, sentimiento que siempre ha latido en el fondo del corazón humano, pero que acaso se exacerbe en ciertos tiempos, cuando los cambios se precipitan, los valores se ponen en cuestión y las cosas tenidas por seguras tambalean, o se derrumban. Quizá por eso se pregunta: “¿Toda la vida humana que se sumerge de continuo en angustias lógicas o ilógicas, no apunta en profundidad, a una nostalgia de Dios?” Nostal-

gia —dice— que siente quien añora a la patria aún no recobrada, como le sucedió a Ulises, quizá el primer “nostalgioso”; y también del que un día creyó y perdió la fe por el camino. Por eso, años después de aparecer el anterior ensayo, escribió: “Hay rebeldías en la vida temporal que son nostalgias de la vida intemporal” (“La Nación”, 9 de julio de 1978, Supl. Lit.).

El Dr. Loudet fue, dije, un humanista, y por serlo, también un hombre de letras. Nuestra Academia lo acogió como miembro de número el 30 de noviembre de 1967. Nos acompañó con su sabiduría, comprensión, benevolencia hasta poco antes de su muerte. Dejó una lección escrita, a través de sus libros; y una viva lección, aún más valiosa, para quienes lo conocimos: la de su amor por el saber, que es fruto humano, y su vocación por difundir dicho saber, que es generosidad extrema y signo de nobleza y de fe.